

con todo aquel que implore fervorosamente su amparo en la hora suprema. Sus favores no hay duda que son para los justos, á quienes dice, como el padre del hijo pródigo al otro hijo que le había permanecido fiel: *Tu semper mecum es; et omnia mea tua sunt.* (Luc. xv, 31). Tú siempre has estado conmigo; cuanto yo tengo te pertenece. Vosotros no me habéis abandonado; vuestras son mis gracias, mis consuelos y mis socorros; vuestras mi defensa y mi protección, y vuestras mis apariciones y mis visitas en la hora de la muerte.

Pero ¿abandonará por eso al pecador? De ningún modo, H. M., de ningún modo. Como el buen Pastor, le ha buscado; le ha llamado mil veces durante su vida; le ha libertado de innumerables riesgos, y en fin, ha tenido paciencia para esperarle. ¿Qué había de hacer en la tremenda hora, al verlo inmóvil sobre su lecho fúnebre, sinó tener hacia él mayor compasión y lástima? Sus entrañas de madre se conmueven á la vista del inmenso peligro que le amenaza, porque ve á sus piés un abismo profundo, porque ve abrirse para él las puertas de la eternidad, y lo que es peor, las del infierno. ¡Desgraciada el alma que, olvidándose de su Dios, ha pasado por la tierra practicando el mal, blasfemando contra el Cielo, escandalizando al prójimo y no pensando en otra cosa que en las vanidades del mundo! Al llegar el supremo instante, todo se acaba para ella: la vida, los bienes, los honores, la amistad, los vínculos de la sangre; todo la abandona: su poder, su nombre, su opulencia; todo, todo. Ni el príncipe, ni las dignidades, ni el oro, ni un ejército, pueden ayudarle en lo más mínimo para alargar siquiera por un instante su existencia, y mucho menos para perdonarle sus pecados, para cerrarle el infierno, abrirle la gloria é inclinar en su favor la sentencia del Juez Soberano. ¿Hacia quién volverá sus ojos en situación tan lamentable? ¡Hacia Vos, sólo hacia Vos, Madre de misericordia! *Mater misericordie*; hacia Vos, refugio de pecadores, *Refugium peccatorum*; hacia Vos, puerto de los naufragos, *Portus naufragantium*; (S. Lor. Just., *de Cast. conn.*); hacia Vos, esperanza de los que la han perdido, *Spes desperantium*. (San Bern., *de Aqued.*). Y Vos, Señora, escuchad sus gritos desgarradores, acudid hacia ellos, bañadlos en la piscina de salvación, en esa piscina probática que era vuestro emblema: *Probatica piscina* (Joan., v, 2), y tomándolas luego en vuestras manos maternales, presentad sus almas purificadas al tribunal de vuestro Hijo, que les hará misericordia: *Beata Virgo animas morientium suscipit.*

¡Cuántos pecadores, hasta ese momento impenitentes, han debido su salvación á la Madre misericordiosa, que velaba por ellos en su agonía! Semejantes al hijo pródigo, habían huído de la casa paterna, malgastando cuanto tenían de rico y precioso, como la blanca vestidura del bautismo, la corona del día más bello de la vida, las santas resoluciones, los buenos hábitos, las gracias adquiridas durante una piadosa adolescencia, los consejos de una tierna madre, los ejemplos de una familia cristiana y hasta su porvenir y su existencia; pero más desgraciados aún que este hijo pródigo, se habían endurecido en al-

maldad, indiferentes é impávidos hasta en el fondo del abismo: *Impius cum in profundum venerit peccatorum contemnit.* (Prov. xviii, 3). Sin esperanza de volver en sí, ni un solo eco de bondad en el alma, ni un recuerdo de la casa paterna, los infelices en vez de exclamar con el grito de resurrección: *Surgam et ibo ad Patrem meum*, «me levantaré y volveré en busca de mi Padre,» sólo exhalaban ese lamento desgarrador y horrible que en su desesperación lanzan los condenados, y que no se puede repetir sin temblar, porque es un eco del infierno. Los ministros del Señor, rechazados con amenazas, ridiculizados y maldecidos por los impuros y cárdenos labios de aquellos moribundos, permanecían mudos de estupor y de espanto ante la furiosa obstinación de la impiedad, sin medio alguno de hacerles comprender su próxima y tremenda desgracia. ¿A quién habían de recurrir entonces para intentar, á pesar de todo, la conversión del alma, que por su voluntad se obstina en perderse? ¿A quién pueden invocar para que conmueva un corazón que, como el cuerpo de Lázaro, está ya corrupto? ¿A quién? á María, Madre de misericordia: *Mater misericordie*; á María, refugio de los pecadores; *Refugium peccatorum*; á María, el Apóstol, la única esperanza de los moribundos impenitentes: *Spes desperantium.*

Dejadla descender junto á ese lecho abandonado, donde sólo se escuchan las blasfemias, el rechinar de dientes y los rugidos trémulos de la impotente rabia. Dejadla acercarse á ese moribundo que rechaza al sacerdote, que aparta los ojos del crucifijo, y que repugna todo consuelo de la religión. La escena va á cambiar muy pronto. Vedle ya como que se despierta de un profundo letargo; ya no es el mismo hombre. Manso como un cordero, tranquilo, como si estuviese en el templo de Dios, dirige los ojos con bondad hacia todas partes, pronuncia con gozo el nombre de Jesús, invoca el de María, pide con afán un sacerdote que le administre los Sacramentos de la Iglesia, solicita las oraciones de las buenas almas que están á su lado, llora sus culpas como el buen ladrón en la cruz, cumple con sus deberes de cristiano, proclama la divina misericordia de María, su cariñosa Madre, que ha venido á socorrerle, y entrega su alma con señales inequívocas del más sincero arrepentimiento.

Lo que acabo de referir, M. A. H., no es una ficción; es la historia, es el cuadro exactísimo de las mil conversiones desesperadas que se obran cada día ante vuestros ojos; es el cuadro de las maravillosas conversiones que en los libros devotos estáis leyendo diariamente. Bien pública es la obrada por el *Memorare* del Santo Sacerdote Bernardo, limosnero de los reos de muerte. Sin embargo, os citaré otra que, aunque menos conocida, no por eso es menos interesante, y que consta con todos sus pormenores en la vida de San Vicente Ferrer. Había un moribundo, á quien el recuerdo de sus pasados desórdenes le había hecho caer en la desesperación, hasta el punto de negarse obstinadamente á confesar. Apenas el Santo lo supo, acudió presuroso y se colocó junto al lecho de muerte; y después de saludar al enfer-

mo con afabilidad, le dirigió estas palabras: «Amigo mío, ya sabéis que Jesucristo murió por vos. ¿Podréis desconfiar de su infinita misericordia? ¿Cuánto ofendéis con esa duda el amor inmenso que el Señor os tiene!» A cuya tierna exhortación el desgraciado moribundo no temió contestar con estas palabras verdaderamente diabólicas: «Pues bien; yo quiero morir como réprobo, por desagradar á Jesscristo.» «Y yo, replicó entonces el Santo Pastor lleno de caridad y de ardiente celo, quiero absolutamente libertaros de la eterna condenación, por causarle una grande alegría.» Y volviéndose á los que allí se hallaban, mudos y contristados, les suplicó que rezasen con él el santo Rosario, á fin de alcanzar, por la poderosa intercesión de María, Madre de misericordia, la conversión de aquel pecador obstinado. La Santísima Virgen escuchó piadosa sus súplicas, y mostró una vez más en esta ocasión lo grande que es su poder para con su Divino Hijo. Entonces, el empedernido corazón de aquel desgraciado se estremeció, como San Vicente deseaba, y el que hasta allí había hecho alarde de su impenitencia, se convirtió enteramente, en el instante mismo en que el infierno contaba ya segura la victoria; confesóse con una verdadera contrición, y lleno de esperanza en la misericordia divina, murió como buen cristiano y arrepentido penitente. (*Silbert hausb*).

### PUNTO TERCERO.

#### DOCTRINA DE LA IGLESIA.

La Iglesia que resume en su liturgia, en sus oficios y en sus oraciones la doctrina de los Libros Sagrados y de los Santos Padres, ha consignado expresamente la verdad de la asistencia de María Madre de misericordia, á los agonizantes. Ella es, M. A. H., la que, como sabéis, ha compuesto la segunda parte de la salutación angélica ¿Y qué es lo que decimos diariamente á la Santísima Virgen en esa oración, más agradable para ella que todas cuantas le dirigimos? *Ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ*, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Ruega por nosotros, Madre de bondad, de misericordia y de gracia, *ahora*, es decir, durante nuestra vida que es el *ahora*, el tiempo presente, pues que lo pasado ya no existe, y lo porvenir no nos pertenece todavía; ruega por nosotros *ahora*, esto es, en el momento que te imploramos; porque este momento puede ser el de la tentación, el de la prueba ó el del combate. Nuestra lucha está siempre abierta contra el mundo, contra el demonio y contra nuestras mismas pasiones, y por tanto, para vencer, tenemos necesidad de tu ayuda. Abandonados y solos, seremos débiles, vacilaremos y acabaremos por sucumbir; fortalece tú, Señora, nuestro espíritu, ayúdanos con tu poder, y el triunfo será seguro.

Pero hay además otro momento más crítico todavía y más decisivo, que es el que los termina todos, y para él principalmente imploramos tu socorro, ¡oh poderosísima Madre! *In hora mortis nostræ*, en la hora de nuestra muerte, en esa hora de agonía y de espanto, en esa hora suprema que decide de nuestra eternidad, en esa hora de angustias, en que colocados entre dos mundos, el uno que acaba y el otro que empieza, todo á nuestro alrededor está lleno de oscuridad y de espanto: *et in hora mortis nostræ*; ruega por nosotros en la hora de nuestra muerte, porque tu poder es muy grande y tú puedes endulzar las amargas de ese terrible momento.

Hé aquí, M. A. H., la oración compuesta por la Iglesia, hé aquí la súplica que ella nos manda dirigir á la Reina de los Cielos. ¿No está en ella terminantemente reconocida la intervención de la Santísima Virgen, nuestra Madre, en la muerte de sus hijos?

En uno de los tiempos con que la Iglesia alaba á esta Señora, dice también: *María Mater gratiæ; Mater misericordiæ, tu nos ab hoste proteges et hora mortis suscipe*. María, Madre de gracia, Madre de misericordia, protégenos contra nuestros enemigos y socórrenos en la hora de nuestra muerte. En otra parte llama á María Estrella del mar: *Ave maris Stella*, estrella gloriosa que iluminará nuestros pasos en el oscuro viaje de la eternidad, y que nos preparará el camino hacia esa tierra de promisión, donde veremos á nuestro Salvador Jesús. *Ite para tutum, ut videntes Jesum semper collatamur*. Sí, H. M., la Iglesia lo proclama, y es indudable que María acude á nuestro socorro en la hora de la agonía, y por eso los pueblos le dan con sobrada razón el interesante título de *Nuestra Señora de la Buena Muerte*.

Barac, uno de los Jueces de Israel, en el momento de marchar contra Sísara, jefe de las armas enemigas, fué á buscar á la profetisa Débora, y le dijo: Si vienes conmigo, iré (al combate); pero si no quieres venir conmigo, no partiré: *Si venis mecum, vadam; si nolueris venire mecum, non pergam*. (Judic., iv, 8). La profetisa respondió entonces: Iré contigo: *Ibo tecum*. (Ibid.). Fortificado Barac con la presencia de aquella mujer bendita de Dios, salió, dió la batalla y alcanzó la victoria. El último combate del cristiano es, H. M., el más temible, y por eso debemos acudir á nuestra valerosa Débora, á la poderosa Virgen María, *Virgo potens*, que, estando á nuestro lado en la formidable lucha, hará que obtengamos el triunfo. Su poder, M. A. H., es infinitamente superior al de aquella vara con que separó Moisés las aguas del Mar Rojo; aquella vara milagrosa no era más que un emblema de María. Ella tocará con más fuerza las olas del agitado mar de este mundo; ella calmará sus tempestades y nos conducirá sanos y salvos al apetecido puerto. Ella es el puente que conduce de la muerte á la vida: *Pons traducens omnes de morte ad vitam* (*Hymn. græc.*); ella es la escala por donde el hombre sube de la tierra al Cielo: *Scala hominem ad Deum*. (San Agust., Serm. II, de Nat. Dom.) ¡Oh Madre de los vivos y de los muertos! exclamaremos con San Pedro Da-

miano; sed nuestra esperanza, sed nuestra fortaleza, sed nuestro consuelo en el último instante! *Mater viventium, Mater morientium, te optulante, mortem feliciter possumus superare, spes et consolatio.* (Serm. de Assumpt. v). ¡Oh María! Todos nosotros te pedimos esta gracia por las angustias que llenaron tu corazón cuando oíste pronunciar la sentencia de muerte de tu amado Hijo; así te lo suplicaba también San Buenaventura, uno de tus más fieles servidores: *Propter angustias et cruciatus quos cor tuum sustinuit... succurre nobis, tempore infirmitatis nostræ.* (In Offic. ad dol. Virg.) Y por último, Señora, te lo pedimos por los crueles é indecibles dolores que sufriste en el Calvario al ver la agonía de Jesús, tu Divino Hijo. Ruega por nosotros, pecadores, ¡oh Madre tierna y misericordiosa! ahora y en la hora de nuestra muerte: *Ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ. Amen.*

C. MARTÍN.

## DISCURSO II

PARA EL DÍA 28 DE MAYO.

### NUESTRA SEÑORA DE LA BUENA MUERTE.

LA SANTÍSIMA VIRGEN ES ABOGADA DE LAS ALMAS EN EL TRIBUNAL DE DIOS.

PLAN.

**PUNTO PRIMERO.**—*Maria es nuestra abogada en el tribunal de Dios.*

SUBDIVISIONES.—Por sus títulos: 1. De Medianera.—2. De Refugio.—3. de Madre.

**PUNTO SEGUNDO.**—*Medios para asegurarse el apoyo de María en el día del juicio.*

SUBDIVISIONES.—1. Practicar obras de penitencia.—2. Alcanzar el dón de la perseverancia final.

*Advocatum habemus apud Patrem.*  
Abogado tenemos para con el Padre.

(I, JOAN., II, 1.)

**C**OSA triste es morir, M. A. H.! Sin duda alguna que es un espectáculo doloroso el ver cómo la vida abandona al hombre, cómo sus dos sustancias, hasta entonces unidas en una armonía perfecta, se separan violentamente una de otra para desaparecer ámbas de la superficie de la tierra que juntas han habitado. Y sin embargo, no es esto lo que hay de más lamentable en nuestro fin; porque la agonía, aunque cruel, es siempre corta, y la muerte, que no es otra cosa que la destrucción de nuestra naturaleza terrenal, es obra de un instante. Lo que nos debe causar un espanto verdadero es lo que viene después de la muerte, que es el juicio de Dios: *Omnes nos manifestari oportet ante tribunal Christi, ut referat unusquisque propria corporis prout gessit, sive bonum, sive malum.* (II, P. Cor., v, 10). Ese juicio es el todo para la criatura, es su vida ó su muerte eterna, porque el decreto allí pronunciado es irrevocable y fija para siempre su felicidad ó su desgracia.

El Señor aparecerá entonces sentado en su trono, teniendo en sus manos la balanza que pesa hasta la misma justicia: *Sedisti super thronum qui judicas justitiam.* (Ps. IX, 5). Satanás, nuestro acusador, estará allí á nuestra derecha: *Satan stabat a dexteris ut adversaretur ei*